que proclaman ciertos diarios libertinos y que este sea el motivo de que encuentren insípidos los que son de otro color: temo que se dejen embaucar por aquellos malvados, que, para lograr sus designios, ensalzan siempre sus hazañas y arrojan fango sobre todo cuanto escriben los católicos; temo, por último, que se dejen dominar por el respeto humano delante de los impíos y que se avergiiencen de aparecer como subscriptores de un periódico al que la hez de aquellos escarnece con los epítetos del clerical, de retrógrado y de beato. Mas si todo esto fuese, por desgracia, cierto, ¡por piedad! corregíos primero vosotros mismos, antes de corregir á vuestros hijos.

V

Junto con el peligro que traen los libros perversos, viene el daño que acarrean las representaciones teatrales: aquéllos envenenan por medio de la imaginación y del entendimiento; éstas por medio de la imaginación y de los sentidos. El mundo, empero ,no lo ha entendido jamás ni lo entenderá mucho por ahora. ¡Plegue á Dios que lo entiendan, al menos los que no quieran ser confundidos con los mundanos! La verdad, sin embargo, es esta, por mucho que se empeñen en decir algunos que el teatro es la escuela de las buenas costumbres: que la comedia es la agradable reprensión del vicio, que la música levanta el corazón á Dios, que la tragedia flagela á aquellos á quienes todo el mundo teme, que, por lo demás, todo peligro desaparece por virtud del sentimiento público de honestidad, hoy dia tan difundido y universal, que en muchos lugares, además, la censura evita todos los desórdenes posibles; por mucho, repito, que se afirme todo esto, persuádase cada cual de que hay siempre lugar á dudarlo y si álguien se sorprendiere de estas palabras, respóndame: ¿no es cierto que casi todas las obras teatrales, de cualquier género que sean, están llenas de pasiones amorosas, de intrigas, de seducciones, de raptos, de enredos, y de sensualidad? ¿no es verdad que se representan en las circunstancias más adecuadas para inflamar el corazón, esto es, acompañadas de músicas que lo enervan y debilitan, por actores y actrices que no son siempre tipos de santo pudor, con un haz de innumerables luces que darían vida á un cadáver, á la vista de un mundo que para atraerse la admiración no economiza pompa ni vanidades?, y si esto es cierto, ¿no habrá peligro en esa edad, que está siempre en movimiento, que tiene la imaginación tan viva, el corazón tan encendido, los espíritus vitales tan ardorosos, que es inexperta, incauta, presuntuosa y avidísima de placeres y voluptuoidad? A todo esto ¿qué puede oponer la honestidad pública ó la revisión, por muy entendida que se quiera suponerla? Todo el que tenga un átomo siquiera de buen juicio y de conciencia, no tendrá gran trabajo en responder, y dirá, lo que dicen los sabios, á saber: que el mundo, para contradecir los designios de Dios, no tiene medio más eficaz que el teatro, puesto que en él es donde dá sus consejos, proclama sus doctrinas, inculca sus máximas, descubre sus secretos, levanta cátedra de error y de se-

ducción, y después de todo esto, confirma con ejemplos sus perfidias é iniquidades. Pues bien, de estos juicios y de estos principios, tenéis que sacar algunas conclusiones prácticas que voy á indicaros desde luego. La primera será: el permanecer vosotros y vuestros hijos tan lejos de aquél, como lo exija su virtud; consecuencia que por sí misma se desprende. Pero así como, gracias al mundo y á sus adoradores, es rara tanta virtud y somos á manera de enfermos debilitados que no podemos soportar aquellos remedios que, sin embargo, serían más convenientes para la salud; que, por lo menos, se destierre de vuestras familias, esa costumbre insensata de perder casi todas las noches en tan inútiles pasatiempos. Una que otra vez en el año, es más que suficiente para el objeto, y la experiencia demuestra: que donde no hay una costumbre ya establecida, se satisfacen más los jóvenes con eso poco, que otros con mucho. Por lo demás, si Dios os hubiese concedido algún hijo ó hija de virtud más robusta, que voluntariamente y por sí mismos quisiesen privarse aún de eso poco, y manifestasen repugnancia por tales diversiones, no imitéis á esos padres tontos, por no decir otra cosa, que los estimulan y los azuzan para concurrir á ellas y que llegan hasta á amenazarlos y maltratarlos cuando los ven renuentes. Es una especie de sacrilegio apartarlos de Dios, impidiéndoles una consagración más generosa de un corazón que desearía dedicársele con una perfección mayor, sin contar con que ¿quién puede saber el peligro que pueda tener para su alma ese espectáculo? Si para alguno fuera una ocasión de pecado

y de muerte eterna, ¿querréis vosotros ser precisamente los que lo arrojárais en ella? Finalmente, si á vosotros toca ceder alguna vez, á vosotros también corresponde negaros resueltamente en más de una ocasión. No es tan raro que se pongan en escena, á pesar de todas las censuras, óperas y comedias que, de algún modo, ofenden la integridad de las máximas evangélicas ó la pureza de las costumbres, y entonces es cuando el mundo pervertido asiste con mayor afán; pero entonces es cuando los padres cristianos deben ser inflexibles en rehusarse á que sus hijos concurran, y digan lo que dijeren de ellos, no deben ceder; firmeza de ánimo que ha de desplegarse en todos los casos análogos Si un espectáculo puede ser dañoso, ó en sí mismo ó por razón de los trajes que se llevan, ó del público que á él concurra, ó por cualquier otro motivo, no se necesita más para alejarse de él. Si así se hiciera, Italia no habría presenciado en estos últimos años, en algunas de sus ciudades, una nueva moda de histriones desvergonzadísimos, representando y figurando con sus mismas personas, cuadros é imágenes escandalosas: ni vería todos los años bailarinas impúdicas llenando el escenario; pero gracias al moderno libertinaje, las vé, las aplaude y las sigue mirando. ¡Sólo Dios sabe con cuánto daño para los pueblos y ruina para las almas!

VI.

Todas estas cosas las tenía yo escritas hace más de veinte años; mas desde esa época hemos hecho grandes progresos. La censura, que todavía entonces exis-

tia, eclesiástica y civil, está hoy degradada, pues sólo sirve á una policía, esclava de la política, que quiere cuidar las espaldas a sus amos; de lo que resulta que el teatro en Italia ha llegado hoy á igualar, y en algunas ciudades hasta superar en impiedad y lascivia, al teatro francés.

Los empresarios especulan con la irreligión y la inmoralidad, y de aquí que se ingenian en dar al público, ávido de escándalos, el alimento que desea. Por esto es que ha llegado á ser frecuente, que arrastren por las tablas á los Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Monjas, y que los presenten en actitudes y con discursos en los labios, que sólo las pasiones más brutales saben inspirar. Aun los hábitos sacerdotales se han empleado en parodiar las ceremonias eclesiásticas, viéndose expuestos á las risas burlonas de una plebe petulante, cuanto tiene la religión de más santo y más augusto. Cuando no es impiedad, es liviandad que impregna, por decirlo así, la atmósfera toda que allí se respira. Inconvenientes los cómicos, deshonestos los trajes, los ademanes descompuestos y todo esto para representar indignos amoríos, torpes intrigas, bailes indecentes, y para hacer oir músicas sensuales. Y no es raro que se junten la impiedad y la impureza, al mismo tiempo para ofrecer, de esa manera, á las inteligencias y á los corazones, estragados, en los que por desgracia un cebo más sabroso hermana ambas muy estrechamente.

Ahora bien, siendo así como lo es, por testimonio de los mismos que en él toman

parte, ¿qué debe pensarse del teatro? (1) En este caso, no deja de tener culpa grave, el que se prostituye asimismo, y peor todavía, el que prostituye á sus propios hijos en tan torpe diversión, siendo evidente que conviene absolutamente abstenerse de ella. Ni vale decir: que muchos van también á ella, porque la conducta de muchos no quiere decir que sea lícito, sino que son muchos los pecadores. Tampoco sirve excusarse con la edad madura ó con el género de vida á que se encuentra uno dedicado, ya que el corazón humano, mientras late, no está nunca fuera de peligro, y aún cuando lo estuviese, siempre será verdad: que no es á nadie lícito autorizar con su presencia tales escándalos é inconveniencias. ¿Se tendrá, pues, en ciertos casos, que renunciar al teatro? Sí, lectores; ó privarse del teatro, ó privarse de Dios: ¿preferiréis jamás vuestra diversión á la Majestad Infinita?

VII

Otro pretexto han encontrado algunos para permitirse la asistencia al teatro, á pesar de los gritos de la conciencia, y es que van á él únicamente por la música y ¿seríais tan crueles vosotros de negar-

(1) ¿Y qué diremos nosotros á la vista de la casi totalidad de las obras que en nuestros teatros se representan, así de óperas, dramas, comedias, como de lo que ha dado en llamarse género chico? Contesten por nosotros los padres de familia que recojen ya los amargos frutos de tan funesta semilla. (N. del T.)

les un gusto tan inocente? Pues bien; quiero concederos que la música sea un arte en sí noble, delicado y capaz, por añadidura, de levantar á Dios el alma, por lo cual la misma Iglesia no la desdeña, y de ella se sirve en sus festividades. Y qué, ¿no es posible abusar también de la música? Haciendo á un lado el que cuando la música forma parte de una ópera inconveniente, no puede bastar para justificar á ésta, y por consiguiente, no autorizará para concurrir al teatro, lo cierto es que hay música que respira una molicie tan grande, que, unida á las palabras que se pronuncian, á las actitudes de los cantantes, al fuego con que expresan sus afectos, no puede menos de ser mortal para el espíritu: hay romanzas cuya letra ardiente y voluptuosa traspasa los corazones; ponedlas, pues, en boca de una joven ó de una niña, y ya me diréis la impresión que hará en quien las escucha.

Si alguno no lo pensara así, daría una prueba de que conoce muy poco las pasiones del corazón humano. Los Santos Padres y los Teólogos es sabido con cuánto rigor reprobaban la scanciones lúbricas y las profanas, calificándolas de muy peligrosas, y, sin embargo, en su tiempo no se había llegado todavía á ese refinamiento, llamémosle así, que hoy se acostumbra, tanto en la música como en las cantatrices. Yo no sé lo que dirían contra nosotros, nuestros antepasados si, saliendo de sus sepulcros, oyesen tales armonías, viesen tales infamias y advirtiesen que nosotros, no sólo no huimos de ellas, sino antes bien, queremos convertirlas en título y pasaporte para diversiones, aun más lascivas. Lo que yo sé

es que, por mucho que el mundo se esfuerze en disculparlo, jamás logrará hacer pasar como inocente lo que constituye un estímulo tan poderoso para la voluptuosidad.— Y ya que he tocado este punto de la música, séame lícito hacer una observación más á los padres que se gozan en hacer, como hoy se dice, un poco de música en sus propias casas. Este entretenimiento, si se toma como conviene, es decir, si no es de toda la noche, ni un pretexto para que se reunan jóvenes en la casa toda la noche, ni un pretexto para bromear, bailar y enamorar, sino que se regula con moderación, puede pasar, pero á condición de que resueltamente se desechen las piezas de carácter sensual, en absoluto.

Pues en verdad que tendría gracia ver á una joven, señora, ó, lo que es peor, á una niña, delante de hombres y mujeres, hacer el papel de una mujer desenvuelta con expresiones maliciosas de amor en los labios, secundadas por medio de la voz y de la expresión que forzosamente acompañan al canto. Mucho más original todavía sería ver á una madre derretirse de ternura ó á un padre saltando de gozo porque su hija, en semejante tarea, obtenga un aplauso.

Y sin embargo, todo esto sucede entre nosotros de pocos años acá, y el que se atreve á reprobarlo es calificado de estúpido ,que no entiende nada del mundo: ¡tan poco se comprende ya la dignidad y el decoro de un cristiano!

VIII

El mundo, después de haber pervertido completamente el teatro, pretende

que no esté limitado á tiempo ni lugar: ya se sabe que la escuela de la virtud, que así lo llaman, debe estar siempre abierta. Sin embargo, no me propongo hablar aquí de los teatros de por la tarde, moda muy reciente, acomodada al pueblo, á fin de que pueda con ellos educarse y gozar; no trato de los numerosos teatros levantados hoy en las aldeas y pueblos pequeños con el objeto de que los campesinos no se vean privados de los beneficios de la corte; quiero decir una palabra acerca de los teatros que en las grandes ciudades, permanecen abiertos durante toda la cuaresma. Es de saberse, pues, que hasta hace pocos años, no sólo en las ciudades católicas, pero ni siquiera en las protestantes, había un teatro que en ese tiempo permaneciese abierto, lo cual era muy puesto en razón, pues siendo la cuaresma, por institución apostólica, un tiempo dedicado á la penitencia, se juzgaba enteramente opuesto al espíritu de Jesucristo y de la Iglesia el organizar en él ninguna diversión. Y en efecto, conciliar el ayuno, la asistencia á la palabra divina, el recuerdo piadoso de la pasión y muerte del Redentor, la preparación para la solemnidad de la pascua, con la disipación de los espectáculos públicos, no es cosa en verdad muy fácil. Síguese de aquí que, quien asista á éstos, deberá, con daño irreparable de su alma, renunciar á aquellos, á no ser que sea de esas almas grandes y generosas que **juntan á Cristo con el diablo y al mundo con Dios.** Ellos, sin embargo, tienen razones siempre á la mano para obrar así; **pues si es lícito,** dicen, **el concurrir á ellos en carnaval, ¿por qué**

no ha de serlo en la cuaresma? y armados con esta poderosa razón, se ríen del que pretenda prohibírselos y la verdad es que esta razón no hace mucho honor á su entendimiento; porque, en primer lugar, es falso que se pueda siempre asistir en carnaval, habiendo, como ya hemos dicho, muchos casos en los cuales no es lícito tampoco; además, de que haya algunos espectáculos á los cuales se pueda asistir en carnaval, no se sigue que pueda concurrirse también en la cuaresma. Las circunstancias son del todo diferentes: en el carnaval no está prescrita la Penitencia, y en la cuaresma sí: en el carnaval, la Iglesia no nos impone un perfeccionamiento particular del espíritu, y en la cuaresma sí. Puede ser prudente conceder alguna recreación como descanso, pero no es lícito pasar la vida en una continua diversión, y para entender esto, no parece que se requiera un ingenio superior; pero no se entiende, por qué no se entiende ya nada del espíritu de Jesucristo: no se comprende lo que fué también enseñado claramente por el Concilio de Trento, á saber: que la vida presente es un estado de penitencia: que la inocencia no se conserva largo tiempo en medio de los peligros, como son sobre todo, las pompas y los incentivos del mundo: que una vez perdida esta inocencia, no se recobra ya sino con la penitencia: que ya que no tenemos amor al sufrimiento y á las obras satisfactorias, lo menos que podemos hacer es abstenernos de las vanas alegrías y falaces placeres del mundo. No se comprende que las verdades de la fe no son una fábula, que la eternidad de las penas no es un ju-

guete; que la institución del Sacramento de la Penitencia, no es una superfluidad hecha para ser conculcada, y el que entienda un poco estas verdades, se cuidará bastante de no profanar la cuaresma, ya sea con el teatro, ya, digámoslo aquí de paso, con bailes, con ruidosas tertulias, con Stabat Mater cantados en el Teatro, y con todos aquellos recreos que el mundo, ávido de placeres, procura substituir á diversiones más profanas por temor, según creo, de no desfallecer cuando tiene que pasar sin diversiones poco más de un mes del año. La otra razón que dan algunos tontos, consiste: **en que es mejor que los jóvenes vayan al teatro, que el que anden por otros lugares.** A estos profundos Doctores respondedles: que ciertamente es mejor romperse una pierna, que estrellarse la cabeza, pero que todavía sería mejor no romperse ni una ni otra y después añadid: que el pecado que otros cometen ocultamente, es siempre pecado, pero que, á lo menos, no tiene la gravedad del escándalo; mientras que ver á personas que practican la piedad, abandonarse, en la cuaresma, con toda libertad, á las liviandades del mundo, quita todo freno, debilita toda observancia, induce á los demás á no hacer ya ningún aprecio del espíritu de Jesucristo, y de las recomendaciones de la Iglesia y autoriza plenamente los usos del mundo, el desorden y la disipación, haciendo casi imposible la vida cristiana, dada la eficacia que tiene el mal ejemplo. Hacedles entender, por último, que el que no se contiene de andar en malos pasos, sino por ir al teatro, irá primero al teatro y después irá también á lo de-

más, en pos de lo cual correrá más desenfrenadamente, ya que el teatro moderno no se ha hecho para calmar las pasiones, sino para encenderlas é inflamarlas.